

PERÓN Y EL JOCKEY CLUB: DISPUTAS EN EL TURF EN LA ERA PERONISTA (1946-1955)

Roy Hora¹

Resumen: Este artículo analiza la evolución del turf argentino en las décadas centrales del siglo XX. En particular, se enfoca en la relación entre la elite del hipódromo y el gobierno de Juan Perón, la administración que presidió los destinos del país entre 1946-1955. El trabajo estudia el impacto del peronismo en el terreno específico del hipódromo y, a la vez, analiza el modo en el que el Jockey Club y la poderosa elite del turf se adaptaron al nuevo escenario dominado por un gobierno de inspiración populista y antielitista.

Palabras clave: Peronismo. Turf. Deporte. Elite. Hipódromo.

Perón e o Jockey Club: disputas no turfe durante a Era Peronista (1946-1955)

Resumo: Este artigo analisa a evolução do turfe argentino nas décadas centrais do século XX. Em particular, foca a relação entre a elite do hipódromo e o governo de Juan Perón, a administração que presidiu os destinos do país entre 1946 e 1955. O trabalho estuda o impacto do peronismo no terreno específico do hipódromo e, ao mesmo tempo, analisa o modo pelo qual o Jockey Club e a poderosa elite do turfe se adaptaram ao novo cenário dominado por um governo de inspiração populista e antielitista.

Palavras-chave: Peronismo. Turfe. Esporte. Elite. Hipódromo.

Peronism and the Jockey Club: a troubled relationship (1946-1955)

Abstract: This article analyses Argentine horseracing during the Peronist decade (1946-1955). It focuses on the relationship between the Jockey Club and the Peronist government. It looks at the impact and consequences of the government's labour reforms on the racetrack, and explores how the Jockey Club elite were forced to adapt to a populist and prolabour national administration.

Keywords: Peronism. Horseracing. Sport. Social elite. Horsetrack.

Este artículo analiza la evolución del turf argentino en las décadas centrales del siglo XX. En particular, se enfoca en la relación entre la elite del hipódromo y el gobierno de Juan Perón, la administración que presidió los destinos del país entre 1946-1955. Impugnador de los gobiernos liberales de décadas previas y de los grupos dirigentes tradicionales, el gobierno de Perón puso en marcha

¹ Doctor en Historia. Investigador del CONICET. Docente de la Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, Argentina. Email: rhora@unq.edu.ar.

reformas en el plano de las relaciones laborales y la organización del trabajo de gran envergadura y ambición. El trabajo estudia el impacto de estas iniciativas en el terreno específico del hipódromo y, a la vez, analiza el modo en el que el Jockey Club y la poderosa elite del turf se adaptaron a un nuevo escenario dominado por un gobierno de inspiración populista y antielitista.

El ensayo comienza situando al hipódromo en el marco de la escena deportiva nacional. Luego de señalar los factores que determinaron el patrón de desarrollo del campo deportivo, enfatiza la singularidad del turf, producto de su estrecha identificación con la elite socioeconómica y su temprana y profunda mercantilización. A continuación, el trabajo gira la atención hacia el período peronista, y explora como incidieron las nuevas realidades del trabajo organizado sobre la vida del hipódromo y los dilemas que le planteaba al nuevo gobierno la relación con una ámbito que veía como un reducto del poder oligárquico pero que, al mismo tiempo, y dada la popularidad del turf, también gozaba del aprecio de sectores que integraban su propia base política. Finalmente, explora las razones del choque entre el gobierno con la elite del hipódromo que se produjo en 1953, y ofrece algunas sugerencias sobre el incidencia de ese conflicto en el desarrollo posterior de la actividad.

1. El peronismo y el deporte

Durante los años peronistas, entre 1946 y 1955, la Argentina asistió a un verdadero auge deportivo. La revolución atlética justicialista fue menos drástica de lo que la retórica del régimen quería hacer creer, y más bien catalizó, reorientó y potenció procesos de expansión de la arena deportiva que hundían sus raíces en el medio siglo previo. En efecto, para comienzos de la década de 1940 Argentina ya era por lejos la primera potencia atlética latinoamericana, tanto por la extensión (social y geográfica) que había alcanzado la práctica del deporte como por sus logros en la competencia internacional. Argentina también se encontraba a la vanguardia del continente como país de espectadores y consumidores de información sobre estos asuntos. Para calibrar mejor la significación del aporte peronista a la cultura deportiva nacional, pues, es importante tener en cuenta de dónde partió.²

El ascenso del deporte argentino comenzó a cobrar forma en el último cuarto del siglo XIX, cuando esta nación austral se transformaba bajo el impulso de la expansión agroexportadora, la llegada de inmigrantes y capitales extranjeros y la urbanización. El hecho de que el país alojara la colonia británica más grande de América Latina - producto indirecto del crecimiento de las inversiones y la radicación de empresas (sobre todo ferroviarias) de ese origen-, y que esta fuese de residencia predominantemente urbana y de considerable visibilidad social, dio el puntapié inicial para la difusión del *sport* desde los enclaves angloparlantes donde arraigó en suelo nativo, primero entre

² Para una síntesis del desarrollo del campo deportivo, véase Fernández Moores (2010).

los grupos de prestigio y posición y, al poco tiempo, entre vastos sectores de las clases medias y populares. Los clubes fundados en torno a las vías y talleres del ferrocarril tuvieron un influjo decisivo en la difusión de la actividad atlética, sobre todo en distritos suburbanos y en el interior del país. Pero si el ejemplo británico impactó con tanta fuerza fue porque la sociedad argentina ya contaba con una vigorosa cultura asociativa, un alto ingreso per cápita y una prensa dinámica y pujante, siempre dispuesta a estimular el interés en la competencia y a celebrar los logros deportivos. Sobre estos pilares se construyó la cultura deportiva argentina.³

Este contexto resultó muy propicio para un temprano florecimiento del deporte y para su rápida difusión. En vísperas del Centenario, la práctica atlética se expandía velozmente en las grandes urbes del litoral, en particular en Buenos Aires, capital deportiva del país, y experimentaba importantes avances en el resto del territorio. Antes del fin de la Gran Guerra, todos los clubes y asociaciones que dejaron su marca en la historia deportiva del siglo XX ya eran parte del panorama deportivo nacional. Y por esos mismos años, primero con el aviador Jorge Newbery y unos años más tarde con el boxeador Luis Ángel Firpo, el país se estaba familiarizando con la figura del ídolo deportivo. En los prósperos años veinte, el vertiginoso ascenso de la prensa popular dio mayor amplitud a estos procesos y, además, empujó la mercantilización del espectáculo deportivo. Las quejas y lamentos de los activistas de la izquierda política y sindical contra las estrellas deportivas, la competencia profesional y la prensa popular que lucraba con estos fenómenos -a la que achacaba, entre otras cosas, el debilitamiento de la conciencia de clase- nos revelan que la cancha de fútbol y el ring de boxeo se estaban ganando un lugar central en la vida cotidiana de las clases trabajadoras, en particular entre los más jóvenes. Esto era lo que preocupaba a los redactores del periódico sindicalista *Bandera Proletaria*, que en 1923 se preguntaban “¿qué virtudes puede esperarse de una juventud ignara que, lejos de combatir las trabas hereditarias, dedica sus mejores años de existencia a coclear una pelota o a romperse mutuamente la crisma a puñetazos?”⁴ En las dos décadas siguientes, estos procesos se profundizaron. Así, por ejemplo, a comienzos de la década de 1930 Buenos Aires estrenó su Luna Park, el estadio deportivo cubierto más grande de América Latina.

Cuando el coronel Juan Domingo Perón comenzó su rutilante ascenso político en 1943 se encontró con una sociedad donde el deporte como práctica y como espectáculo se hallaba tanto o más arraigado que en los países de la Europa mediterránea. Ello definió la agenda de la política peronista en este terreno. Las principales iniciativas de este gobierno estuvieron dirigidas no tanto a forjar una nueva cultura deportiva o a legitimar la práctica del deporte sino a mejorar y ampliar la infraestructura de los clubes ya existentes, a expandir las fronteras

³ Sobre la cultura asociativa, véase Sabato (2002). Sobre la influencia británica, Hennessy y King (1992); Raffo (2004). Sobre el nivel de vida y consumo, Hora (2010). Sobre prensa popular, Buonuome (2017).

⁴ *Bandera Proletaria*, 10 oct. 1922.

sociales y (en menor medida) geográficas de la competencia, y a estimular la participación de los atletas nativos en el circuito internacional. En estos tres planos, su impacto fue muy considerable. Para comienzos de la década de 1940, el país contaba con una densa red asociativa pero, dada la naturaleza predominantemente amateur de la práctica deportiva, la mayor parte de estos clubes carecía de bases institucionales sólidas y presupuestos holgados (esto vale incluso para el boxeo y el fútbol, que ya habían avanzado por el camino del profesionalismo). En este contexto, los recursos económicos y organizacionales generosamente ofrecidos por los nuevos administradores del estado fueron decisivo para darle mayor alcance, eco y visibilidad a la cultura deportiva, y para proyectarla como un rasgo distintivo de la Nueva Argentina nacida en 1946.

Créditos y subsidios para edificar complejos deportivos y erigir estadios más grandes y modernos (Racing Club), iniciativas para promover la competencia entre los jóvenes de condición popular (Campeonatos Evita), realización de competencias internacionales (Juegos Panamericanos de 1950), apoyo a deportistas que probaban suerte en circuito internacional (Juan Manuel Fangio en el automovilismo, Perico Pérez y José María Gatica en el boxeo), fueron los grandes ejes de una política de estímulo al deporte y los deportistas a cambio de la cual el gobierno esperaba recibir gratitud y reconocimiento público pero, sobre todo, adhesión y lealtad. Sin duda, hubo ámbitos que, dominados por su hostilidad a lo que el peronismo significaba (ya fuese en términos de democratización social o de autoritarismo político, o de una combinación de ambos), rechazaron los recursos y las servidumbres que suponía adherir al nuevo orden, y siguieron su curso al margen de las generosas iniciativas provenientes del estado justicialista. Pero los que le dieron la espalda a un gobierno comprometido con el deporte como ninguno hasta entonces fueron grupos minoritarios -con frecuencia expresivos de concepciones extremas del amateurismo, en retroceso en Argentina y en el mundo- sin mayor incidencia en el campo deportivo.⁵

Todo ello nos confirma que, vista en una perspectiva de largo plazo, la idea de una revolución deportiva peronista resulta exagerada. Aún así, no hay duda de que este gobierno supuso un hito en la trayectoria atlética del país. En esos años el número de practicantes y sobre todo de competidores aumentó, la infraestructura deportiva mejoró, y también creció la cantidad de espectadores. La proyección internacional del deporte argentino se incrementó gracias al apoyo estatal, y a la vez aumentó la relevancia asignada a las disciplinas atléticas en la vida pública. Por todos estos motivos, la era peronista supuso el ingreso del deporte en un nuevo umbral. A ello hay que sumar el plus que le agregaba la identificación de la actividad deportiva con una figura como Perón, que había sido un atleta destacado en su juventud y que, por razones personales y sin duda también políticas, gustaba mostrarse rodeado de deportistas, sobre todo en cuando éstos

⁵ Sobre la política peronista hacia el deporte, consúltese la síntesis que ofrece Rein (2015).

disfrutaban de las mieles del triunfo. Por todos estos motivos, no resulta exagerado afirmar que el deporte nunca fue tan visible como en esos años. Y es comprensible que el peronismo se vanagloriara de sus aportes al desarrollo del deporte y de las conquistas internacionales que sus esfuerzos estaban haciendo posibles.

2. La trayectoria del turf

Hay, sin embargo, una importante excepción a un panorama pleno de novedades y de triunfos, representada por las carreras de caballos. La contribución del peronismo al desarrollo del turf fue modesta y, más importante, mayormente indirecta. Ello fue el resultado, en primer lugar, de la asincronía entre el desarrollo del turf y del resto del campo deportivo. Cuando Perón alcanzó la presidencia de la nación, el hipódromo ya era una actividad madura y consolidada: poseía un antiguo linaje, concitaba el interés de un público de proporciones solo inferior al del fútbol, y movilizaba recursos considerablemente más vastos que este último espectáculo. Mientras que el automovilismo debió esperar a 1952 para contar con un autódromo a la altura de los tiempos (el "17 de Octubre", rebautizado "Juan y Oscar Gálvez" tras el derrocamiento de Perón), construido con recursos públicos, ya a comienzos del siglo XX el turf poseía Palermo, que fue por décadas el estadio más importante de América Latina. Y cuando las canchas de fútbol recién comenzaban a reemplazar sus gradas de madera por tribunas de cemento, el turf abrió las puertas de un segundo gran hipódromo, San Isidro (inaugurado en 1935), que en su momento la propia prensa peronista no tuvo empacho en calificar como el "más grandioso del mundo".⁶ A esto hay que agregar que ninguna disciplina deportiva se aproximaba a las carreras de caballos en lo referido a las remuneraciones que pagaba a sus protagonistas. En la década de 1940, los jugadores de fútbol tenían un tope de ingresos mensuales de \$ 1500, una cifra que -aún si en ocasiones superada en arreglos informales- representaba una fracción mínima de lo que embolsaban los jockeys de renombre. Para no hablar de los jinetes más consagrados, los que tenían verdadera incidencia sobre el resultado de una carrera, que ganaban fortunas.⁷

Es cierto que, para 1946, el período de apogeo de las carreras de caballos había quedado en el pasado. Nacido en el último cuarto del siglo XIX, el turf vivió su época de gloria en los años de entreguerra, cuando figuras como Irineo Leguisamo y Máximo Acosta, los mayores jockeys del período, ocupaban un lugar de privilegio entre los ídolos deportivos. Su apogeo coincidió con la vida de los hombres de la generación del cantante Carlos Gardel (que vino al mundo en 1890), para quienes no había espectáculo deportivo más atractivo que el que ofrecían los purasangre lanzados a toda velocidad. Criados en una sociedad en la que los caballos eran una presencia cotidiana en calles y

⁶ *Democracia*, 30 nov. 1952.

⁷ Para mayor información sobre el desarrollo del turf, remito a Hora (2014).

caminos, esos hombres conocían y apreciaban el mundo equino por experiencia directa.⁸ Para aquellos que llegaron más tarde y vivieron su infancia y juventud en la era del automóvil -el medio de locomoción que comenzó a conquistar el corazón de las clases populares tras la Gran Guerra-, las proezas del caballo de carrera ya no resultaban tan fascinantes. De allí que, desde la década de 1920, enfrentado con la competencia que le ofrecían el boxeo y el automovilismo, y sobre todo el fútbol, el hipódromo tuviese dificultades para mantener la lealtad de las nuevas generaciones.

Pero si para la década de 1940 la etapa más dorada de la vida del turf había quedado en el pasado, el hipódromo todavía conservaba la lealtad de vastas muchedumbres que, en las grandes jornadas del calendario hípico, colmaban estadios con capacidad para cerca de 100,000 personas. Y aunque el turf ya no crecía al mismo ritmo que el fútbol, a lo largo de todo el segundo cuarto del siglo continuó su ascenso (salvo en los años de la Depresión), con más carreras, más espectadores y más apuestas. Por supuesto, también aumentó la población de caballos de carrera, que el censo de 1947 estimó en 54.000, así como la cantidad de caballos en entrenamiento, que para 1949 doblaba el promedio de los mejores años de la próspera década de 1920.⁹ Al fin y al cabo, la Argentina era la tierra del caballo, y si bien nuevas disciplinas se sumaban al panteón del deporte nacional, el turf no iba a perder de la noche a la mañana su condición de arraigada pasión popular.

Dotado de una formidable infraestructura, seguido por decenas de miles de aficionados, el turf no requería del apoyo del estado para conservar un lugar central en la oferta de entretenimiento ni para alcanzar nuevos logros deportivos. Más que reclamar ayuda, el hipódromo era una fuente de recursos para el fisco. Popular y pleno de recursos, el turf era indiferente al tipo de benevolencia estatal que tentó a tantos clubes y asociaciones deportivas a cortejar a las autoridades surgidas en 1946. A diferencia del fútbol o el atletismo, el automovilismo o el básquet, el turf no necesitaba del apoyo del peronismo. Y esta autonomía era especialmente problemática por cuanto las carreras de caballos estaban identificadas, más que

⁸ La Argentina era, muy probablemente, el país con más caballos per cápita en el mundo. En América, sólo el pequeño Uruguay estaba en una categoría similar. En el siglo XIX, había entre dos y tres caballos por cada varón adulto. El tamaño del rodeo equino argentino creció a lo largo de todo el siglo XIX y alcanzó su punto más alto hacia 1930. Aunque la cantidad de caballos per cápita fue descendiendo conforme crecía la importancia de ferrocarril, el número absoluto de equinos continuó en expansión hasta que el automóvil, y en particular el camión y el tractor, comenzaron a reemplazarlo para las tareas de carga y transporte. Ello recién sucedió en el segundo cuarto del siglo XX. La cantidad de caballos, que el censo de 1895 estima en 4,5 millones de ejemplares y el de 1914 en 8,3 millones, alcanzó su máximo histórico en 1930, con 9,8 millones. Esto significa que, bien entrado el siglo XX, el país todavía tenía casi tantos caballos como personas. Desde entonces el rodeo caballar comenzó a contraerse de forma lenta. Para 1947 todavía alcanzaba a 7,3 millones. En el medio urbano, el retroceso del caballo recién se produjo tras la Gran Guerra. Incluso en la moderna ciudad de Buenos Aires, el número de caballos se expandió hasta entrada la década de 1920 (el censo agropecuario de 1922 registra 154.000 ejemplares en esta urbe), pero desde entonces descendió velozmente, desplazado por el transporte automotor. Para 1947 muy pocos caballos recorrían las calles de la ciudad. Al respecto, véase IV CENSO, p. XX.

⁹ Una consulta anterior, la del censo agropecuario de 1937, apenas había registrado 9.000 ejemplares en esta categoría. La diferencia entre ambos censos es sin duda excesiva, y parece indicar una fuerte subestimación en esta fuente. Véase IV CENSO, p. 357. Sobre los ejemplares vendidos en subasta pública, Solitro (1951), p. 35.

cualquier otro espectáculo deportivo, con esa Argentina oligárquica cuya existencia el nuevo gobierno condenaba y cuya legitimidad negaba.

Ante todo, el hipódromo evocaba al mundo de esa clase alta tradicional que la retórica de Perón había colocado en el lugar de su principal enemigo político. Club aristocrático por antonomasia, el Jockey Club era el principal símbolo público de esa elite que el peronismo decía haber venido a combatir. Y esos emblemas de la clase alta reinaban en Palermo y en San Isidro, los grandes estadios que regenteaba el Jockey Club. Estos *sportsmen* -los Atucha, los Anchorena, los Alzaga Unzué, los Luro, los Martínez de Hoz y otros apellidos característicos de nuestra elite- eran los propietarios de los purasangre más costosos y afamados del país. En una sociedad amante de los caballos y familiarizada con el mundo del hipódromo, estos descendientes de la elite social del Centenario eran personajes de relieve público por derecho propio, que gozaban de gran notoriedad. El influjo de este grupo sobre el turf se acrecentaba por cuanto la institución que los reunía, el Jockey Club, no sólo era dueña de los dos estadios más importantes del país sino que también era la autoridad suprema en todo lo referido a su administración y funcionamiento. Supervisaban, además, el funcionamiento de los demás hipódromos ubicados en el interior del país. El Stud Book, el registro donde consta toda la información relevante sobre la genealogía y la propiedad de cada caballo de raza, estaban a su cuidado. En síntesis, esa elite era la principal protagonista de la historia del turf argentino, y todos los grandes hipódromos del país se movían al compás de sus deseos e iniciativas.

Por cierto, no todo había permanecido igual desde los tiempos de apogeo del hipódromo elitista forjado en los tiempos de Carlos Pellegrini, el fundador del Jockey Club (1882) y presidente de la nación (1890-1892). En las décadas de entreguerra, la popularización del hipódromo y el ascenso de los jinetes a la categoría de ídolos deportivos habían disminuido la centralidad de los *turfmen* del Jockey Club. Por otra parte, para la década de 1940, la gravitación económica y el ascendiente social de este grupo ya no brillaban con tanta intensidad como en los años del Centenario, cuando la Argentina elitista se hallaba en su apogeo. Pero estos cambios no había alterado de raíz lo que sucedía en el estadio que, hasta cierto punto, continuaba funcionando como un escenario creado para el lucimiento de este grupo, como un teatro del poder propietario. La idea de que la mejora de la raza caballar constituía una empresa de relevancia pública ya había quedado en el olvido, pero el enorme atractivo que aún poseían las carreras hacían del hipódromo una verdadera institución nacional. Allí, frente un público de masas, se lucían jockeys como Leguisamo, Artigas y Antúnez pero, también, los grandes apellidos de la oligarquía, en su doble condición de dueños de casa y de propietarios de los mejores caballos. Eran estos *turfmen* los que, en medio del aplauso de la multitud, llevaban de la brida a los purasangres triunfadores hacia la ceremonia del pesaje y la entrega de premios.

Es importante enfatizar que, en la Argentina de mediados de siglo,

este espectáculo no quedaba encerrado dentro de los muros del hipódromo. En nuestros días, las carreras de caballos sólo interesan a una minoría, que además se halla en retroceso. La Argentina de mediados del siglo XX era, en cambio, una nación burrera. Las grandes carreras del calendario hípico -el Gran Premio Nacional, el Pellegrini, etc.- concitaban una vasta atención popular. Eran eventos deportivos de enorme importancia, frente a los que muy pocos permanecían indiferentes. Esa misma noche, la imagen del caballo ganador, de su jockey y de su propietario eran reproducidas en las páginas de carreras de todos los vespertinos del país y, poco después, ocupaban un lugar de relieve en los noticieros cinematográficos. Esos retratos servían para recordarle a los nuevos dominadores del estado que, aún si impugnada por otros motivos y en otros ámbitos, la clase alta tradicional poseía un lugar legítimo en la vida pública y que, además, el gran espectáculo deportivo de impronta elitista que tenía por animadores a esos apellidos de alcurnia contaba con un enorme séquito plebeyo. No hace falta enfatizar que esto era especialmente problemático para un gobierno como el de Perón, que se proclamaba el único representante auténtico de lo popular. Así, pues, en los años peronistas, y como nunca antes, el drama representado en el hipódromo -un espectáculo que mostraba a elites y masas unidas en una común pasión por el caballo de carrera- puso de relieve que en la Argentina existían al menos dos maneras de concebir el lugar público de la clase alta, que a su vez evocaban dos modos bien distintos de concebir la relación entre elites y masas.

3. El peronismo ante el hipódromo

Imaginado como un territorio nada fácil de conquistar, el gobierno peronista hizo todo lo posible por ignorar al hipódromo, de modo de quitarle toda relevancia a este espacio en poder del enemigo. Rompiendo una costumbre de más de 60 años, Perón sistemáticamente declinó la invitación a presidir la celebración del Gran Premio Nacional con que, desde 1882, se honraba a todo jefe de estado. En el pasado, sólo Hipólito Yrigoyen había desairado de ese modo al Jockey Club y al público del hipódromo. El gobierno peronista también puso más presión sobre los ingresos del turf, continuando así una línea ya inaugurada por los jefes militares que alcanzaron el poder tras el golpe de estado del 4 de junio de 1943. Hostiles al turf y la elite del turf, y en particular a las apuestas, estos soldados de arraigadas convicciones católicas habían incrementado los impuestos a las apuestas (aunque hay que señalar que ello se hizo afectando el porcentaje destinado a premiar a los apostadores, que debieron ceder más que el Jockey Club).

Más importantes que sus ausencias y su interés por recaudar fueron sus iniciativas dirigidas a promover la constitución de organizaciones sindicales. Aquí también se observa cierta continuidad con la obra de la Revolución de Junio. En efecto, ya en noviembre de 1943 se habían sentado las bases de un sindicato de vareadores (es decir, peones de caballerizas), que a fines de 1945 obtuvo su personería

jurídica. Poco después surgieron la Asociación Gremial del Personal de los Hipódromos de Buenos Aires y San Isidro, la Asociación Gremial de Cuidadores y Jockeys y la Asociación Gremial y Mutual Profesionales del Turf. En todos los casos, la fuerza detrás de estos avances sindicales era la Secretaría de Trabajo y Previsión, el brazo con el que el gobierno avanzaba en el mundo del trabajo.

En el hipódromo, sin embargo, el desembarco del poder sindical tuvo un impacto acotado. Para explicar por qué hasta entonces el turf se había mantenido virgen de organización sindical y, más importante, por qué desde entonces esta nunca logró convertirse en un foco de autoridad alternativo al del Jockey Club, es preciso dirigir la atención hacia los diversos actores cuya actividad giraba en torno al turf y decir algunas palabras sobre la dinámica de este sector de actividad.

En el turf de ese tiempo es posible reconocer al menos ocho tipos de actores distintos. En primer lugar estaban los propietarios de caballos, un conjunto heterogéneo en cuya cima se ubicaban los grandes *turfmen* del Jockey Club pero que en su base incluía dueños mucho más humildes, a veces propietarios de un pequeño porcentaje de un caballo. En segundo lugar encontramos a los jinetes profesionales, un universo igualmente diverso que comprendía un reducido grupo de grandes estrellas tanto como a jóvenes aprendices sin otra recurso que su ambición y sus deseos de triunfar en las pistas. Los jockeys exitosos eran por lejos los deportistas mejor remunerados del país ya que, amén de su remuneración, percibían un porcentaje de la bolsa asignada al caballo ganador.

Luego aparecen los cuidadores (también llamados compositores o entrenadores). Su tarea consistía en ofrecer, en sus *studs*, servicios de pensión, cuidado y entrenamiento para los caballos en competencia. Al igual que en el caso de propietarios y jinetes, se trataba de un grupo diverso y jerarquizado (por prestigio y trayectoria, ingreso y poder económico). Incluía a los grandes nombres -Naciano Moreno, Francisco Maschio, Juan R. de la Cruz- y también a personajes anónimos, que no perdían la esperanza de producir un caballo ganador. En general, los propietarios más poderosos poseían sus propios *studs*, con un entrenador contratado a tiempo completo. Los *studs* más grandes y con mayor división del trabajo también contaban con uno o varios capataces.

En cuarto lugar encontramos a los trabajadores que desempeñaban tareas en un *stud* bajo las órdenes de los entrenadores y sus capataces. Entre los obreros del turf predominaban ampliamente los denominados vareadores, esto es, los peones encargados de cuidar, alimentar y ejercitar a los caballos. Este elenco de trabajadores se completaba con otros auxiliares, como serenos y porteros. Estos obreros del turf eran un grupo numeroso (cada caballo solía requerir los servicios de un vareador), y el más homogéneo en términos de expectativas y remuneraciones. Más de 5000 trabajadores, casi todos ellos vareadores, prestaban servicios en los *studs* radicados en los dos grandes hipódromos de Buenos Aires. Se trataba, sin duda, del grupo

más decididamente proletario de todo el universo laboral del turf. Sin embargo, sus integrantes no eran inmunes al poder seductor de las expectativas de mejora, no sólo porque su nivel de remuneraciones, al igual que el de jockeys y entrenadores, en parte dependía de los éxitos de los ejemplares a su cuidado (ya que ellos también percibían un porcentaje de los premios) sino porque eran la principal cantera de reclutamiento de entrenadores, capataces y jockeys.

En quinto lugar aparecen los trabajadores del hipódromo, contratados por el Jockey Club. El estadio demandaba el trabajo de un conjunto de asalariados de tiempo completo y parcial (estos últimos, requeridos los días de carreras) que eran necesarios para mantener las instalaciones en buen estado y, en los días de carrera, atender las demandas del público y los apostadores.

Por encima de todos estos actores se encontraba el poderoso Jockey Club. Administrador del hipódromo, su Comisión de Carreras era la autoridad suprema en todo lo referido a la organización y funcionamiento del turf en Buenos Aires, y su órgano rector a nivel nacional. Y aunque el Jockey Club se beneficiaba económicamente con los ingresos que generaban Palermo y San Isidro (boletos de ingreso y apuestas), los integrantes de la Comisión de Carreras, siempre reclutados entre los *turfmen* de más renombre, cumplían su tarea de manera honoraria. Aunque existía un cierto espacio para el conflicto de intereses (producto de la doble condición de estos sujetos como autoridades del hipódromo a la vez que como dueños de *studs* y caballos y, por tanto, interesados en el éxito de sus propios colores), un rígido código de conducta y el control de sus pares siempre mantuvo esas tensiones bajo control.

Agreguemos, finalmente, que la continuidad del turf dependía de la cría de caballos de carrera, una tarea que se realizaba en establecimientos denominados haras. La cría de animales de raza, conocida también como *elevage*, era una actividad costosa y especializada, que requería una gran inversión en equipamiento y, sobre todo, en reproductores. Aquí, nuevamente, imperaban los grandes *turfmen* del Jockey Club, muchos de los cuales poseían tanto haras como *studs*. En los tiempos de oro de la elite argentina, entre 1880 y 1930, los principales haras del país adquirieron algunos de los reproductores más caros del mundo, elegidos entre los corredores más veloces de las pistas británicas. Estos establecimientos de cría vendían sus productos en subastas anuales, y era allí donde los *studs* se nutrían de nuevos animales.

Para completar este panorama, recordemos que el hipódromo generaba una amplia demanda de servicios, que daban empleo a varios miles de personas, desde herreros, veterinarios y proveedores de alimento para caballos hasta la prensa y los periodistas especializados, vendedores ambulantes y tomadores de apuestas clandestinas.

A la luz de este recorrido se advierte que incluso el grupo más postergado y más decididamente obrero del mundo del turf, el de los vareadores, desarrollaban su actividad en un marco en el que las

expectativas de progreso individual y mejora económica no estaban del todo ausentes. Incluso estos trabajadores eran recompensados con un porcentaje de al menos un 1% del dinero obtenido en premios por los caballos a su cuidado (contra el 13 % que percibían los entrenadores y el 5 % que embolsaban los jinetes). En una etapa en la que competencias como el Gran Premio Carlos Pellegrini retribuía al ganador con la enorme cifra de un millón de pesos, convertirse en el vareador de un ejemplar muy destacado podía significar la posibilidad de embolsar, en un par de años afortunados, lo suficiente como para adquirir una vivienda. Y a ello hay que sumarle el incentivo -las más de las veces un espejismo- generado por la cultura de la apuesta que, tanto para los poderosos como para los débiles, siempre mantenía viva la esperanza en un golpe de suerte.

En estas circunstancias, no sorprende que los trabajadores del turf tendieran a identificar sus oportunidades de mejora con el *stud* para el que trabajaban, y a establecer fuertes lazos de solidaridad con sus empleadores y con los jinetes que corrían los caballos a cuyo cuidado y entrenamiento tanto tiempo y esfuerzo estos obreros dedicaban. El competitivo escenario del turf, en síntesis, fomentaba la forja de relaciones de lealtad e interés de tipo vertical. Este tipo de solidaridades en el lugar de trabajo, a su vez, se nutría de una cultura laboral más amplia, predominante entre los trabajadores rurales de a caballo, que siempre se había mostrado refractaria a las interpelaciones sindicales o de izquierda. En síntesis, el escenario en el que se movían los trabajadores del hipódromo presentaba obstáculos de primer orden para arraigar el principio de la solidaridad obrera y, en consecuencia, también dificultaba la constitución de organizaciones sindicales. No es casual que, visto como ajeno a la cultura de clase y como un territorio dominado por el vicio y la apuesta, el turf fuese condenado tanto por los políticos de izquierda como por los reformadores católicos de la derecha.

Por otra parte, hay que recordar que la resistencia a la implantación de toda forma de poder obrero en el hipódromo no provenía sólo de la cultura del *stud*, o de la resistencia ofrecida por el Jockey Club o los mayores propietarios de caballos de carrera. En torno a la cuestión de la autoridad sindical, la elite del hipódromo contaba con el apoyo implícito de los jinetes y entrenadores de mayor renombre, siempre reacios a poner en discusión los privilegios que tanto les había costado alcanzar. Al igual que en el fútbol, las estrellas del espectáculo no veían ventaja alguna en someterse a restricciones de naturaleza sindical, que los igualaban con figuras de menor renombre, con los que sólo los unía un común pasado de sueños y privaciones. De allí que la alteración del equilibrio de poder y prestigio entre los deportistas y entrenadores más afamados (y mejor remunerados) y los grandes señores del turf que tuvo lugar en las décadas de entreguerra no abrió el camino para un cuestionamiento más general de las prerrogativas del Jockey Club. Simplemente, los grandes jinetes y los grandes entrenadores, más que desafiar a los propietarios, aspiraron a integrarse en las estructuras de poder del hipódromo.

No sorprende, por tanto, que las organizaciones de cuidadores y jockeys nacidas en los años de emergencia del peronismo, débiles y de escasa legitimidad, nunca pudieron contar con el liderazgo de los profesionales de primera nivel. Sus animadores -figuras como Rufino Pereyra, Omar Motz, Juan Zúñiga, Roberto Beraldi, Francisco Quinteros, Manuel Lema-, más allá de alguna una buena temporada, nunca figuraron en la historia grande de Palermo o San Isidro. Poco considerados por el común de sus colegas y faltos de apoyo entre los jockeys y entrenadores más renombrados, el margen de acción del sindicalismo del turf se reveló acotado. Tanto es así que sólo protagonizaran unas pocas protestas abiertas, sin mayores consecuencias para la organización del espectáculo. En rigor, ninguna de las asociaciones creadas en los años peronistas poseía las espaldas lo suficientemente anchas como para desafiar el orden imperante en el hipódromo.

Así, por ejemplo, los pocos ejemplares que se conservan de la revista de la Asociación Gremial y Mutual Profesionales del Turf, denominada *Turf Gremial*, que nucleaba a jockeys y entrenadores, muestran a esta organización siempre cautelosa al momento de referirse al Jockey Club. Más llamativo es el caso de los trabajadores de los *studs*. Basta una rápida ojeada a *Obreros del Turf*, la revista del sindicato de vareadores, para advertir que esta organización, pese a que poseía una sólida lealtad peronista, dirigía todas sus impugnaciones hacia los entrenadores, sus empleadores directos. Los dueños de los *studs* eran, en su visión, los representantes de viejo orden abolido en el país en 1943-6. Para el elitista Jockey Club, en cambio, *Obreros del Turf* no tenía sino palabras de elogio, a punto tal que en julio de 1946 llegó a ilustrar su portada con la fotografía de Miguel Martínez de Hoz, presidente de su Comisión de Carreras (un honor que solía reservar para Perón, su esposa Eva y los dirigentes del sindicato). Este miembro de la elite terrateniente, decía la revista de los vareadores, era "toda hombría y rectitud". Un verdadero caballero, Martínez de Hoz había sabido "colocar a la Institución y colocarse a sí mismo a la altura de su cuna y de sus blasones".¹⁰

Contra la imagen habitual en la retórica peronista que describe al Jockey Club como el reducto de una oligarquía egoísta e indiferente a la suerte de los trabajadores, *Obreros del Turf* retrataba a esta asociación bajo una luz muy distinta, notablemente benigna. No debe confundirse al gremio de vareadores -una organización de sólidas lealtades peronistas- con un sindicato amarillo. Su secretario general, Enrique Haurat, gozaba de cierto reconocimiento y trayectoria en el ambiente sindical, tal como se desprende del hecho de que se contó entre los creadores del Partido Laborista, la fuerza que impulsó la candidatura de Perón en 1946. Su lealtad peronista era clara, y se había manifestado así desde muy temprano. De hecho, *Obreros del Turf* siempre se hizo eco de las iniciativas impulsadas desde arriba (la reforma de la Constitución, la reelección, etc.). Y lo hizo incluso cuando estas eran

¹⁰ *Obreros del Turf*, I:4, oct. 1945.

absurdas o irrelevantes en el ámbito del turf, como sucedió con las campañas contra la "infiltración comunista", un peligro que la revista dijo ver crecer en el hipódromo en 1947 y 1948.¹¹

¿A qué se debían, pues, las alabanzas y la buena predisposición de *Obreros del Turf* hacia el Jockey Club? ¿En qué sentido figuras como Martínez de Hoz habían estado "a la altura de su cuna y de sus blasones", esto es, habían respondido a lo que los vareadores esperaban de ellos? En una sociedad como la argentina, donde la deferencia social carecía de raíces profundas, el comportamiento de los vareadores debe explicarse a partir de parámetros menos centrados en esos ideales jerárquicos. Un primer punto a destacar es que, aún los que denunciaban la naturaleza oligárquica del Jockey Club, de todos modos aceptaban que esta asociación de amantes del caballo había desempeñado el papel decisivo en la formación de un turf moderno y competitivo que era, junto al de Estados Unidos, el más importante del mundo fuera de Europa. Hasta la propia prensa peronista por momentos se veía obligada a reconocer que el Jockey Club y sus poderosos carreristas eran los arquitectos de un turf que era orgullo de muchos argentinos.

Desde el punto de vista de los trabajadores del hipódromo, sin embargo, el punto fundamental es que, en la era peronista, el Jockey Club se comportó como un benefactor tanto de los trabajadores como de su organización gremial. Fue el principal vehículo a través del cual el turf se benefició de las mejoras laborales características de esa era de democratización del bienestar. Desde 1946, los afiliados al sindicato de vareadores recibieron un importante complemento salarial, por encima de la remuneración que recibían de los *studs*, que salía de las arcas del Jockey Club. Los jefes sindicales también aprovecharon su relación con los dueños del hipódromo para obtener recursos para su organización. El sindicato recibió donaciones que sirvieron para pagar, entre otras cosas, la construcción de una sede social, con instalaciones deportivas (cancha de básquet, paleta y bochas). Más importante, el Jockey Club firmó un convenio por el cual se comprometía a girar automáticamente la cuota sindical a las arcas del gremio, descontándola de los aportes con los que complementaba el sueldo de los trabajadores. Así, la solidez de las finanzas del sindicato de vareadores dependieron, en gran medida, del auxilio del Jockey Club. En síntesis, y por curioso que parezca, esta institución elitista fue un aliado fundamental de los dirigentes y los trabajadores del turf, y sirvió tanto para consolidar su organización gremial como para incrementar el nivel de ingreso de los trabajadores. En marzo de 1946, *Obreros del Turf* describía como había mejorado la situación de sus afiliados con las siguientes palabras:

no es lo mismo ganar 90 o 100 pesos que ganar 130, un día de franco por semana y el subsidio que nos da el Jockey Club de Buenos Aires que son 20 pesos por mes, 10 pesos por hijo y 100 pesos por cada nacimiento y aún más 130 pesos para

¹¹ Sobre Haurat y el laborismo, véase Gay (1989), p. 65.

aquellos que están en condición de jubilarse.¹²

Esta manera de conceptualizar la relación con el Jockey Club se repitió una y otra vez en las páginas de *Obreros del Turf*, revelando que se correspondía con creencias arraigadas en este gremio de peones. Así, por ejemplo, dos años más tarde *Obreros del Turf* volvía a recordarle a sus lectores que "nuestra organización manteniendo su invariable conducta en la forma de pensar y actuar, como asimismo de proceder lealmente con sus verdaderos benefactores", consideraba "un deber ineludible" dar a conocer que el Jockey Club venía realizando:

una encomiable obra de carácter social en favor de sus colaboradores, haciéndola extensiva hasta numerosas instituciones del país, la que por su importancia y grandes beneficios debe ser aplaudida y apoyada en todo sentido. Nosotros que la conocemos y la palpamos muy bien, desde ya somos los primeros en hacer presentes nuestros plácemes y adherirnos en un todo para que ella pueda llevarse a cabo en toda su amplitud, por entender que ella importa el bienestar de los trabajadores de la rama del turf y sus familiares.¹³

Así, pues, mientras en esos años de redefinición de las relaciones entre capital y trabajo muchos sectores de actividad atravesaban la experiencia del desafío obrero a las prerrogativas de la autoridad patronal, para los obreros del turf ese etapa supuso una novedad de otra naturaleza: la necesidad de compatibilizar su lealtad hacia un gobierno con el que casi todos ellos se identificaban estrechamente con su alianza con sus poderosos benefactores del Jockey Club.

Aun cuando el sindicato de vareadores percibía con claridad los beneficios de este posicionamiento, esta doble asociación plantea una serie de interrogantes sobre la manera en que los obreros del turf concibieron su relación con una institución que en muchos aspectos representaba el sistema de jerarquías sociales forjado en tiempos de la república oligárquica. Sin embargo, las palabras de *Obreros del Turf* sugieren que su adhesión simultánea a ambos polos de poder no les resultaba intrínsecamente problemática. La retórica de este vocero gremial estaba subtendida por una cosmovisión encuadrada en parámetros clasistas, que celebraba el valor y la dignidad del trabajo manual. Pero esta afirmación de las virtudes obreras no suponía un antagonismo irreductible con el capital o la oligarquía que lo personificaba. En *Obreros del Turf* el conflicto de clase aparecía como un fenómeno de relevancia acotada que, en rigor, no era inherente a las relaciones entabladas en el lugar de trabajo. El mundo ideal de los peones vareadores era una sociedad jerárquica pero ecuánime, en el que la realización de la justicia social significaba, ante todo y para todos, la garantía de un piso de bienestar y un mínimo de respeto, dignidad y reconocimiento. En ese mundo, también había lugar para el Jockey Club.

¹² *Obreros del Turf*, I:8, mar. 1946.

¹³ *Obreros del Turf*, III:31, mar. 1948.

Este vínculo esencialmente colaborativo entre los dueños del hipódromo y los trabajadores del turf no sólo primó entre los asalariados de caballerizas. Mucho antes de la llegada de Perón, este tipo de relación ya encuadraba las relaciones del Jockey Club con sus empleados directos. Para 1950, el club contaba con unos 1500 empleados de tiempo completo. Esos trabajadores se ocupaban del mantenimiento de los hipódromos y de proveer la gran oferta de servicios que requerían la sede social de la calle Florida y el campo de deportes ubicado en San Isidro. Entre esos empleados había porteros y personal de limpieza, peluqueros, mozos y cocineros, instructores de deportes y bibliotecarios, empleados administrativos y contadores. También en este caso la concesión de beneficios materiales era el gran lubricante que hacía funcionar la relación entre los propietarios del hipódromo y su ejército de subordinados. De hecho, la solidez económica del Jockey Club había hecho posible la implementación de una generosa política laboral, de impronta paternalista, que para cuando Perón llegó al poder ya contaba con más de dos décadas de existencia. De hecho, desde 1923 los empleados del Jockey Club gozaban de un programa de jubilaciones y pensiones, a los que más tarde se agregaron otros beneficios como una escuela y un jardín de infantes, además de un servicio de salud.

El ejército de trabajadores de tiempo parcial que realizaba tareas en el hipódromo en los días de carreras (porteros, boleteros, pagadores, etc.) estaba excluido de muchos de estos beneficios, pero aun así gozaba de un nivel de ingresos que, comparados con los percibidos en otros sectores de actividad, sin duda era considerable. De acuerdo a la información ofrecida por un parlamentario radical en mayo de 1953, las remuneraciones de los 1600 empleados permanentes del Jockey Club iba de los \$ 800 m/n los \$ 7000 m/n.¹⁴ Además del nivel de remuneraciones mínimo y máximo, sería importante saber más sobre cómo se distribuía esa masa salarial. Pero el hecho de que el empleado peor retribuido percibiese un ingreso similar al salario de un maestro de grado de la capital federal (\$ 800 m/n), y el mejor pagado más que triplicase el salario de un director de escuela ese mismos distrito con el máximo de antigüedad en su cargo (\$ 2140 m/n) nos dice algo sobre su ubicación relativa en el mercado laboral.¹⁵ El hecho de que estos sueldos salieran de los bolsillos de los apostadores que semana a semana dejaban parte de sus ingresos en las boleterías del hipódromo sin duda estaba presente en la mente de muchos de los empleados del Jockey Club. Pero ello seguramente no afectaba demasiado su percepción de que estos privilegios se los debían a sus poderosos empleadores. La ausencia de toda referencia a reclamos gremiales por parte de los empleados del club es al respecto reveladora.

Al tomar en cuenta cuál era la situación laboral de los empleados del Jockey Club antes de 1946 se entiende por qué la revolución distributiva peronista tuvo consecuencias muy limitadas para estos

¹⁴ *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, Año 1953*, tomo I, 21 may. 1953, p. 356.

¹⁵ MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACION (1976), pp. 9-13.

trabajadores. Ya gozaban de mucho de lo que el peronismo vino a ofrecer, al menos en términos de remuneraciones y beneficios extrasalariales. Esto, por supuesto, restringió el atractivo y el margen de maniobra del nuevo sindicalismo del turf surgido al calor estatal, cuya incidencia no logró hacerse sentir con fuerza en el Jockey Club. De hecho, en respuesta a las iniciativas de la Secretaría de Trabajo y Previsión, que pretendía tener una voz en la regulación de las relaciones laborales dentro del club, nació un Sindicato Gremial y Social de Empleados Internos del Jockey Club que reflejó la identificación de muchos trabajadores con sus poderosos empleadores.¹⁶ El sindicalismo peronista no logró quebrar este frente.

Los empleados de tiempo parcial del hipódromo no tenían motivos tan poderosos para alinearse con sus empleadores. De hecho, fueron ellos quienes protagonizaron la primera huelga del turf de la era peronista, en febrero de 1947, que dejó sin actividad a Palermo y San Isidro. Sin embargo, su acción perdió fuerza cuando los empleados internos de tiempo completo, la Asociación Mutual de Profesionales del Turf y otros gremios de la actividad hípica (vareadores, herreros) le quitaron todo apoyo a la medida de fuerza. Hubo, incluso, movilizaciones obreras en contra de la huelga. En medio de la disputa, y reivindicando su condición de representante del sector más importante de los trabajadores del hipódromo, un nutrido contingente de afiliados al sindicato de Obreros y Empleados Internos concurrió a la Secretaría de Trabajo y Previsión con el fin de solicitar la reanudación de las actividades que, según afirmaban, habían sido "interrumpidas por el estado de huelga dispuesto por una representación minoritaria del personal por reunión".¹⁷

La segunda (y última) disputa laboral de los años peronistas también revela que el orden predominante en el hipódromo gozaba del consenso activo de sus trabajadores. La huelga protagonizada por la Sociedad Gremial de Cuidadores y Jockeys en los días 7 y 8 de diciembre de 1947 tenía por trasfondo un intento por acrecentar el poder de negociación de estos actores frente al Jockey Club. En concreto, solicitaban ampliar el subsidio que el club pagaba a los profesionales que no alcanzaban un umbral mínimo de ingresos en concepto de premios y, a la vez, pretendían recortar la autoridad del Jockey Club para determinar quienes podían percibirlo.

Este reclamo interesaba sobre todo a los profesionales menos exitosos y menos reconocidos, que fueron los principales instigadores de la protesta. En un comunicado donde daba cuenta de sus demandas, la Sociedad Gremial de Cuidadores y denunció el "decrépito y desausado Reglamento de Carrera" que regía en el hipódromo. En sintonía con la retórica en boga, invocó "la nueva doctrina obrera" que inspiraba su reclamo, en oposición al "pensamiento pernicioso de estos señores jerarcas, que con una serie de argumentos de estirpe netamente oligárquica, pretenden elevar los elevadísimos conceptos de

¹⁶ *La Prensa*, 23 feb. 1947.

¹⁷ *La Prensa*, 7 mar. 1947.

justicia social que la entidad gremial persigue".¹⁸

Pese a la violencia de sus palabras, la Sociedad Gremial de Cuidadores y Jockeys no llegaron demasiado lejos. Cuando los profesionales lanzaron su medida de fuerza, el popular diario *Crítica* informó en su tapa que "los otros gremios del turf repudian el paro de jockeys y compositores". Asimismo, este vespertino advirtió a sus lectores que todas las demás asociaciones representativas del turf (vareadores, empleados del Jockey Club, sociedad Mutual de Profesionales del Turf y Asociación de Propietarios de Caballos de Carrera) habían dado a conocer un documento conjunto en el que señalaban que la huelga había sido declarada "por un grupo notoriamente minoritario de profesionales del turf", y que la medida de fuerza representaba una "insólita actitud que no acredita ni solidaridad gremial, tan mentidamente invocada, ni es representativa de los intereses gremiales ni del deporte hípico".¹⁹

Crítica reforzaba estos argumentos señalando, por su parte, que la impugnación a la huelga de profesionales se hallaba "sólidamente fundamentada con numerosos argumentos".²⁰ Y no se refería exclusivamente a la falta de apoyo a la medida entre los grandes nombres de la pista. Encabezados por su secretario general, una delegación del sindicato de vareadores visitó la redacción del diario para dar testimonio directo de su oposición a la huelga. Para un medio popular y populista como *Crítica*, los argumentos de estos peones del turf poseían un especial valor por cuanto provenían de un "sector auténticamente obrero, acostumbrado a tratar sus problemas de trabajo con serenidad y ponderación; reconocido por la justicia de sus reclamaciones y por la sensatez de los procedimientos en que las apoyan."²¹ Por su parte, *Obreros del Turf* denunció la medida de fuerza como una "huelga patronal".²²

Falta de apoyos en el hipódromo, impugnada como un reclamo de falsos trabajadores, la huelga de los profesionales del turf no tenía futuro. Al día siguiente de haberla lanzado, los hombres de la Sociedad Gremial de Cuidadores y Jockeys debieron concurrir a la Secretaría de Trabajo y Previsión en busca de un mediador que los ayudara a salir del atolladero en el que se habían metido. Lo encontraron en Eva Perón, que se mostró más interesada en que el turf reanudara su actividad normal que en hacer justicia con las demandas de los cuidadores. Los hombres del Jockey Club podían respirar tranquilos.

Esta somera reseña de los dos conflictos laborales que tuvieron lugar en los años peronistas nos confirma que ningún actor del ámbito hípico poseía el poder como para desafiar el modo en que estaba organizado el espectáculo. Las resistencias que suscitaron las medidas de fuerza entre los propios trabajadores del turf muestra que el poder

¹⁸ *Crítica*, 6 dic. 1947.

¹⁹ *Crítica*, 9 dic. 1947.

²⁰ *Crítica*, 9 dic. 1947; *La Nación*, 10 dic. 1947.

²¹ *Crítica*, 8 dic. 1947.

²² *Obreros del Turf*, II:28, ene. 1948.

del Jockey Club sobre el mundo hipódromo se apoyaba en una red de relaciones que no excluía a ningún actor de cierta gravitación. De allí que la emergencia de reclamos requiriese el apoyo de fuerzas externas, como la Secretaría de Trabajo y Previsión pero, a la vez, que estas demandas tuviesen ambiciones acotadas y alcances limitados.

De hecho, todo indica que la mejora más importante de la era peronista la experimentaron aquellos trabajadores que, como los ya referidos del gremio de vareadores, no eran empleados del Jockey Club. Otro de los grupos favorecidos fue el de los jinetes y cuidadores del montón, quienes lograron asegurarse un piso de ingreso mensual (unos \$ 250 m/n, cuando un maestro de grado cobraba entre \$ 275 m/n y \$ 400 m/n) pagado por el Jockey Club, que percibían en caso de no alcanzar ese monto en comisiones (esto es, aun cuando no lograsen ingresar al podio al menos algunas veces).²³ Las condiciones laborales también mejoraron para el pequeño ejército de trabajadores temporarios (pagadores, porteros, custodios, etc.) que el hipódromo contrataba los días de carreras.

Todos estos cambios, sin embargo, no alteraron de manera drástica las estructuras de autoridad predominantes en el turf. Pese a que desde 1945 el lenguaje de los derechos laborales y la justicia social se ganó un lugar en el hipódromo, hasta el conflicto de 1953 del que nos ocuparemos más abajo el sistema de gobierno del hipódromo no sufrió alteraciones decisivas. El poder del Jockey Club y de los grandes *studs* sin duda encontró mayores limitaciones, pero no fue desafiado de manera frontal, y mucho menos reemplazado. La perspectiva que nos ofrecen voces gremiales como *Obreros del Turf* pone de manifiesto que, mediante algunas concesiones, los viejos dueños del hipódromo lograron reconstruir su posición en el nuevo escenario abierto con el ascenso de Perón. Más abajo diremos algo sobre quién pagó el costo de esta política laboral más onerosa. Pero el hecho de que el Jockey Club fuese el principal vehículo para la extensión de los nuevos derechos laborales hizo que los lazos entre los trabajadores del hipódromo y el club se vieran no sólo preservados sino, quizás incluso, reforzados.

4. Representaciones peronistas del turf

Este fue el campo de fuerzas en el que el gobierno peronista debió moverse y que, por más de medio lustro, no encontró modo de alterar. En este punto, hay que señalar que las inhibiciones del gobierno a la hora de cuestionar las prerrogativas del Jockey Club se explican por la dificultad para encontrar apoyos entre los trabajadores del hipódromo pero, también, por la popularidad que el turf poseía entre sus propios seguidores. Aún cuando Perón siempre se sintió más atraído por otros deportes -en primer lugar por la esgrima y el box-, sus preferencias personales no fueron en desmedro de un entretenimiento cuya popularidad entre la población adulta, sobre todo entre la de mayor edad, igualaba o superaba a la del fútbol. El presidente nunca expresó

²³ La información en JOCKEY CLUB (1946) pp. 39-45.

animadversión o desdén hacia un espectáculo que, en sintonía con la impronta populista del régimen, consideraba una legítima fuente de entretenimiento para las mayorías. La hostilidad de la jerarquía peronista hacia la elite del turf sin duda existía, tal como lo indica el recordado episodio de la instalación, instigada por el gobierno municipal, de un puesto de venta ambulante de pescado frente a la escalinata de ingreso a la sede del Jockey Club en la calle Florida. Pero esta agresión no supuso formas más directas y efectivas de impugnación, y debió convivir con el respeto a un deporte que gozaba de grandes apoyos en las filas peronistas, tanto entre el común de sus seguidores como entre sus figuras de primer plano (de Carlos Aloé a Jorge Antonio).

En sintonía con el sesgo populista de su política cultural, el gobierno siempre se mostró concesivo hacia una actividad que atraía a muchos de sus simpatizantes y a no pocos de sus cuadros. La manera en que enfrentó los problemas que le planteaba el hipódromo se refleja en la prensa oficialista. Como es sabido, la línea editorial de los medios colocados bajo la órbita de Raúl Apold era definida de acuerdo a instrucciones surgidas de la cumbre del régimen. *Mundo Deportivo*, la publicación estrella de la prensa oficialista, ofrece una buena ilustración del tratamiento que recibía el turf. Este "Gráfico peronista" fue un promotor del hipódromo, al que desde su aparición en 1949 dedicó una sección fija. Pero esta revista ofreció una visión populista de las carreras de caballos, en la que la atención se concentraba en la pista y las tribunas populares, en desmedro de los espacios dominados por los socios del Jockey Club. Señalemos, de paso, que el hecho de que el turf tuviera un lugar asegurado en la revista deportiva insignia de la constelación de medios oficialista revela que, para la concepción peronista, las carreras de caballos no eran sólo un espectáculo sino que poseían un lugar legítimo en el universo deportivo.

Mundo Deportivo le otorgó una considerable importancia al turf. En su primer número, esta revista afirmaba que "vivir en esta ciudad y no conocer el hipódromo" era tan raro (y tan reprochable) como "no conocer el Colón o la Catedral". Para entonces, se enorgullecía el redactor, el turf estaba en todas partes: "si viaja en el tranvía, en el ómnibus, en el colectivo o en el tren, será difícil que no oiga una conversación en voz alta sobre los motivos por los que perdió este caballo o por qué aquel jockey fue a menos con un favorito".²⁴ Los grandes jinetes eran retratado de manera positiva, como ídolos merecedores de respeto y reconocimiento. *Mundo Deportivo* dedicó una de sus primeras tapas a Leguisamo, y también destinó espacio a otras estrellas de la pista, como el Negro Acosta, a quien calificó como un "prototipo de caballeridad".²⁵

Una aproximación similar se advierte en otros medios de prensa controlados o afines al gobierno, como es el caso de *La Prensa*. Desde que fue expropiado en abril de 1951 y cedido a la central sindical, el

²⁴ *Mundo Deportivo*, año I:1, mar. 1949, p. 74. Sobre esta revista, Panella (2015).

²⁵ *Mundo Deportivo*, año I:5, may. 1949, pp. 32-33.

más vendido de los matutinos también adoptó esta visión populista del turf, festejando cada vez que el hipódromo alcanzaba un nuevo record en la cantidad de carreras disputadas o el volumen apostado.²⁶ Lo mismo se observa en *Democracia*. Al igual que muchos otros periódicos oficialistas y/o filo peronistas (*Clarín, Crítica, el Laborista, La Epoca, La Fija, La Razón, Noticias Gráficas, etc.*), *Democracia* ofrecía sus propios pronósticos sobre el resultado de las carreras. Y entre loa y loa a Perón y Eva Perón se hacía lugar para llamar la atención del lector sobre el auge del turf, al que concebía como uno de los tantos logros de la Nueva Argentina.²⁷ En todos estos relatos, la elite del turf siempre quedaba en un segundo plano, opacados por los jinetes. Pese a que no era particularmente afecto a prodigar elogios al régimen, Leguisamo ("el extraordinario jockey de todos los tiempos ... el más popular de todos los jockeys"²⁸) recibía un tratamiento especial, revelador de su condición de verdadero ídolo popular.

Aunque minoritarias, en la constelación peronista también ofrecía había otras maneras de concebir al turf. Así, por ejemplo, Atilio Solitro presentó una imagen en el que el hipódromo aparecía dotado de un linaje histórico. Solitro había acompañado a Perón desde temprano y que era tan devoto de la figura del primer mandatario y su mujer - "eximio jinete y elegante amazona", respectivamente- como entusiasta de los caballos y de las carreras.²⁹ Fue, durante esos años, el redactor de la página de turf del diario *Democracia*. En un volumen aparecido en 1951 con el llamativo título de *Desde Carlos Pellegrini a Juan Perón* en el que reunía varias de sus colaboraciones periodísticas, Solitro dio forma a un relato sobre la historia del turf en el que reconocía a Pellegrini como el creador del turf argentino, y al Jockey Club como su más firme colaborador en esa tarea. En esta visión, el carácter elitista de la institución no era problematizado, ya que el foco estaba puesto en los esfuerzos realizados por el Jockey Club para dar forma a una hípica moderna. La elite social en la que se reclutaban los animadores del turf aparecía descripta como una presencia puramente decorativa en el hipódromo. La narrativa se cerraba cuando Perón, al abrir las puertas del hipódromo a todo el pueblo, se convertía en su gran democratizador.

Solitro no se tomaba muy en serio el compromiso con la verdad. Su tratamiento de la figura de Pellegrini lo revela bien. En su relato, quien más había hecho para construir un turf elitista era presentado sólo en su faceta de reformador del caballo criollo y de creador del hipódromo nacional. Pero la introducción de un polo de positividad en el pasado y el reconocimiento de la tarea desempeñada por el Jockey Club al menos le permitía reconocer que el turf había definido su perfil mucho antes de 1946. De este modo, el aporte peronista al mundo del caballo se definía en primer lugar por su apoyo a la expansión de todo tipo de deporte ecuestre, por el incremento de la cantidad de asistentes al hipódromo y por la mejora de las condiciones laborales de sus

²⁶ Véase, por ejemplo, *La Prensa*, 6 sep. 1954.

²⁷ Solitro (1951), p. 63.

²⁸ *Democracia*, 27 nov. 1952.

²⁹ Solitro había colaborado con Perón en otros proyectos editoriales. Véase, por ejemplo, Peron (1946).

trabajadores. Gracias a ello, también el turf se sumaba a una Argentina democratizada. Lo que "antes era centro reducido y cita de nuestra elite", sugería Solitro, se había convertido en un deporte para todos: "en esta hora de holgura, de trabajo, de tranquilidad y bienestar que vive la Nueva Argentina del General Perón, no es temeroso afirmar que el deporte hípico popular por excelencia, las carreras de caballos, ha llegado a proletarizarse a tal grado de magnitud, que ya en ciertas ocasiones, ni cabida tiene la avalancha popular en nuestro circos hípicos."³⁰

A Solitro le interesaba enfatizar que el turf se había integrado pacíficamente a la Nueva Argentina, y que las diferencias entre la elite del hipódromo y el peronismo habían quedado en el pasado o carecían de espesor. Es significativo que argumentos similares aparecieran en *Obreros de Turf*. Obligados a atender simultáneamente las razones de sus dos poderosos benefactores, los vareadores también querían afirmar la marcha ascendente del turf en la era peronista sobre un suelo de armonía. En su historia había villanos, pero éstos no eran los grandes señores del Jockey Club. Enrique Haurat fue un pionero en explorar esta línea de argumentación. En el primer número de *Obreros del Turf* denunció a los cuidadores que actuaban en los hipódromos del interior del país por haber "desvirtuado y prostituido los ideales y pensamientos con que nuestro gran presidente D. Carlos Pellegrini fundara el Jockey Club de Buenos Aires".³¹ También aquí el hombre que más había hecho para darle al deporte un marco a la vez institucional y elitista aparecía como un promotor del programa de justicia social cuyo punto de llegada era Perón.

5. La última primavera

¿Cómo hizo el Jockey Club para afrontar las erogaciones que cayeron sobre sus espaldas como consecuencia de las mejoras salariales de la era peronista? Para responder esta pregunta es preciso recordar que, gracias a la mejora del salario que acompañó el arribo de Perón al poder, el público del hipódromo creció como nunca antes. La cantidad de espectadores que asistían a Palermo, que se había mantenido en torno al millón de espectadores al año entre el Centenario y la Segunda Guerra Mundial, saltó a 1,7 millón para 1947, y siguió creciendo a ritmo febril por otros cinco años.³² Beneficiario indirecto de esa bonanza, ya en su *Memoria* del año 1946 el Jockey Club celebraba un "considerable incremento de las apuestas". Fue entonces cuando decidió la realización de obras de ampliación de las tribunas populares en sus dos estadios (JOCKEY CLUB, 1946, p. 53).

En esos años de auge del hipódromo, las voces de los impugnaciones morales de la carreras de caballos se escucharon con frecuencia, siempre rebatidas por los defensores del peronismo. "Si hoy

³⁰ Solitro (1951), p. 97.

³¹ *Obreros del Turf*, nro. 1, jul. 1945.

³² La información sobre concurrencia a los estadios en *Revista de Estadística Municipal de la Ciudad de Buenos Aires*, LX, oct.-dic. 1947, nro. 673, p. 382.

el pueblo gasta millones y millones cada domingo en las boletarías del hipódromo, no ha de ser, seguramente, porque está en la miseria", decía *La Epoca*, y agregaba que "el incremento del juego es un fenómeno típico de la prosperidad."³³ En 1953, el diputado radical Carlos Perette volvía la mirada sobre los años previos para advertir que "es evidente que en el país jamás se ha jugado como se hace desde 1943 hasta la fecha. El juego ha tomado un incremento tremendo en la vida argentina".³⁴ No se equivocaba. Más allá de la valoración que se le atribuya al fenómeno, lo cierto es que ya para fines de la década de 1940 se vendían entre dos y tres veces más boletos que en los mejores años de la década de 1920, y el volumen apostado continuaba en ascenso.³⁵ Visto en perspectiva, es indudable que este auge de boletarías fue el factor que permitió compatibilizar el incremento de los salarios para los trabajadores del turf con un continuo superávit en las cuentas del hipódromo. Pese a las críticas de uno y otro lado, en esta cuestión el Jockey Club y el peronismo tuvieron su principal punto de encuentro: altos salarios y bonanza popular eran deseados por ambos.

De hecho, la prensa peronista una y otra vez festejó esta fuerte expansión de la concurrencia a las carreras, a la que veía como un símbolo de la mejora de la condición de las mayorías. Así, por ejemplo, en 1948 la página de carreras del oficialista *Democracia* se congratulaba de que el incremento de los salarios se reflejara en el hipódromo. Dejando de lado a la elite del turf, este diario también enfatizaba la contribución de las mayorías a la mejora de la actividad hípica. Decía el responsable de la sección de turf de este diario:

este es un año de progreso en todos los órdenes y Palermo, el viejo y glorioso circo hípico, resulta pequeño. El 'Jockey Club de Buenos Aires' se aboca al problema y se ve obligado a incurrir varios millones de pesos en la realización de nuevas tribunas... El progreso de la nueva Argentina, arrolla todo a su paso. Las clases obreras que colaboran con firmeza en la grandeza del turf y del elevage nacional, obtienen conquistas sociales y decorosas condiciones de trabajo que parecían inalcanzables. Las luces de la Revolución llegan y alumbran en todos los sectores de la Patria. Octubre, mes de los grandes sucesos, marca en el Tattersall, con la subasta de productos nacidos y criados en nuestro suelo el progreso de una de las ramas más importantes de la ganadería nacional.³⁶

Por supuesto, el ascenso de Palermo no se logró a costa de otros hipódromos. En esos años de fiesta para las mayorías, todos los estadios vendieron más entradas y recibieron más apuestas. San Isidro, por ejemplo, que había venido congregando cada vez más público desde su inauguración en 1935, también vivió entonces los mejores años de su historia. Todos los estadios prosperaron. *La Razón* decía en 1949

³³ Citado en Solitro (1951), p. 160.

³⁴ Congreso Nacional, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, Año 1953, tomo I, 21 may. 1953, p. 329.

³⁵ Solitro (1951), pp. 100-101.

³⁶ Citado en *ibid.*, pp. 77-8.

que "las reuniones hípcas de la Capital Federal, San Isidro, La Plata, Rosario y otras ciudades del interior llevan concursos nutridos y las apuestas alcanzan cifras fantásticas".³⁷ A fines de ese año, Guillermo Poggio, un amante de las carreras y funcionario de la Secretaría de Trabajo y Previsión que escribía regularmente en *Turf Gremial* con el seudónimo de Melgarejo, ofreció su balance de una temporada a la que calificó de "excelente". Desde su punto de vista, en 1949 el turf no había tenido sino logros:

las autoridades del Jockey Club no titubearon en introducir grandes mejoras ... a fin de brindar al público asistente las comodidades necesarias para que puedan 'balconear las curses a piacere'. También no se olvidaron de los empleados y obreros que componen la rama del Turf, por cuanto durante el año les acordaron mejoras de condiciones de trabajo, remuneración, social y cultural, mediante convenios suscriptos entre el Ministerio de Trabajo y Previsión, las cuales se hicieron extensivas hasta los familiares de la familia turfística ... las ventas de productos obtuvieron un completo éxito.³⁸

En los años siguientes, las cosas continuaron mejorando: más carreras, más público, más apuestas, ampliaciones y mejoras en los estadios. En noviembre de 1952, San Isidro vivió la jornada más concurrida de toda su historia, y quizás la más dramática, cuando unos 102.000 espectadores desbordaron la capacidad del hipódromo para ver a Yatasto, "el caballo del pueblo peronista", montado por Leguisamo, correr el Pellegrini.

Hay que notar que, para entonces, la revolución distributiva peronista ya había llegado a su fin, y el gobierno predicaba el evangelio de la moderación, y prestaba más atención al incremento de la productividad y la inversión que a la mejora del salario y el bienestar de las mayorías. Sin embargo, Perón no se volvió contra las carreras de caballos. Como parte del llamado a la templanza que marcó a su segunda presidencia, en febrero de 1952 el presidente instó a sus seguidores a "limitar la concurrencia al hipódromo, los cabarets y las salas de juego a lo que permitan los medios, después de haber satisfecho las necesidades esenciales".³⁹ Así, pues, cuando el régimen ya había puesto fin a la fiesta de consumo, el hipódromo no le merecía más reparo que el que surgía de su carácter de necesidad de segundo orden.

6. El choque final

A comienzos de la década de 1950, pues, el turf parecía haber aceptado al peronismo y el peronismo al turf. Atilio Solitro lo expresaba con el argumento de que, en lo que concernía a las carreras de caballos, Perón debía ser considerado como el heredero y continuador de Carlos

³⁷ *La Razón*, 2 oct. 1949.

³⁸ *Obreros del Turf*, IV:49, dic. 1949.

³⁹ *La Razón*, 19 feb. 1952.

Pellegrini. Otros publicistas de la constelación oficialista preferían no establecer un lazo tan estrecho entre el presidente de la era oligárquica y el jefe de estado de la Nueva Argentina. Pero la visión dominante en la prensa oficialista daba a entender que, visto desde el interior del hipódromo, el peronismo y el Jockey Club podían entenderse y convivir.

Y es probable que ello hubiera continuado así de no haberse producido el fuerte incremento de la tensión política que signó a la segunda presidencia de Perón. De hecho, el acomodamiento entre el gobierno y el hipódromo no logró sobrevivir a la crisis del otoño de 1953. Allí se puso de relieve que, para algunos sectores de una fuerza populista y antielitista como el peronismo, el hipódromo no era un problema pero el Jockey Club nunca había dejado de serlo. Como era previsible, el choque se gestó afuera del hipódromo, como un coletazo de los choques de abril y mayo de ese año, pero terminó repercutiendo dentro de este espacio.

Los sucesos son conocidos. El 15 de abril, mientras el presidente Perón arengaba a sus seguidores en la Plaza de Mayo, dos artefactos explosivos estallaron en medio de la multitud. Ese crimen segó la vida de cinco personas y dejó varias decenas de heridos. El primer mandatario reaccionó ante el atentado terrorista invitando al escarmiento (“vamos a tener que volver a la época de andar con el alambre de fardo en el bolsillo”; “Eso de la leña que ustedes me aconsejan, ¿por qué no empiezan ustedes a darla?”). Luego vino la venganza, que adoptó la forma de violencia administrada. Esa noche, la sede del Jockey Club fue incendiada por manifestantes -presumiblemente de la derechista Alianza Libertadora Nacionalista- que actuaron con la anuencia y bajo la protección de la policía y el gobierno.

Las medidas lanzadas contra el Jockey Club fueron parte de una iniciativa más amplia, dirigida a castigar a los enemigos del régimen. De hecho, la misma noche de la quema del palacio de la calle Florida también ardieron las sedes del Partido Socialista, el Partido Demócrata Nacional y de la Unión Cívica Radical. Pocas semanas después, el Poder Ejecutivo envió al Congreso un proyecto de ley para despojar al Jockey Club de su personería jurídica y privarlo de todos sus bienes. La iniciativa parlamentaria fue tratada velozmente y, dos días más tarde, el Jockey Club de Buenos Aires había dejado de existir. Pocos días después, su similar de La Plata corrió la misma suerte.

En la crisis de abril-mayo de 1953, el club fundado por Pellegrini sufrió un golpe durísimo. Perdió el control del hipódromo de Palermo, cuya concesión explotaba desde 1883, y la propiedad de su estadio de San Isidro. El Stud Book fue estatizado, y el Jockey Club fue privado de todas sus funciones como órgano rector del turf nacional. El club fue disuelto y todo su patrimonio pasó a manos del estado. Sólo tras el derrocamiento del gobierno peronista sus asociados pudieron reclamar la recuperación de la personería jurídica. Debieron pasar varios años más para recuperar los bienes que les fueron incautados en 1953.

¿Qué sucedió a partir de la expropiación del Jockey Club? En un punto, el gobierno se encontró en un callejón sin salida. Podía eliminar

al Jockey Club pero, si quería mantener la vitalidad del hipódromo, no tenía más opción que ponerse de acuerdo con los poderosos *turfmen* del Jockey Club. Se trataba de los únicos actores que poseían los recursos y la capacidad como para mantener una actividad tan costosa en movimiento. Por otra parte, los episodios de contra-terrorismo administrado que culminaron con la quema de la sede del Jockey Club no parecen haber tenido repercusión favorable en el hipódromo. No tenemos registro de que, en esos días, se hayan registrado actos de hostilidad popular hacia la elite del turf en Palermo o San Isidro. El público del turf hacía tiempo que había perdido la deferencia hacia los hombres del Jockey Club. Pero ausencia de deferencia no equivale a hostilidad, y mucho menos a hostilidad abierta. El rechazo popular al mundo jerárquico simbolizado por el Jockey Club, en caso de existir en las gradas de las tribunas populares de Palermo o San Isidro, no era lo suficientemente intenso como para empujar al gobierno hacia una política de mayor enfrentamiento.

El gobierno entendía bien que el público de turf estaba mucho más interesado en la continuidad del espectáculo que en golpear a la elite del Jockey Club. Y sabía que sin ese poderoso grupo de carreristas no había posibilidad de mantener al hipódromo en un alto nivel competitivo. De allí que la primera medida que tomó Alberto Rodríguez Fox, el interventor que el gobierno designó al frente de los hipódromos estatizados, fue constituir una nueva Comisión de Carreras compuesta en su totalidad por dirigentes de la Asociación de Propietarios de Caballos de Carrera (Carlos Menditeguy, Antonio Suaya, Alberto Urani, Angel Acosta) y la Asociación de Criadores (Juan Carlos Chevallier, Ezequiel Fernández Guerrico, Alberto Leloir y Eduardo Solveyra Tomkinson).⁴⁰ Allí no hubo representantes de los jinetes o los entrenadores, y mucho menos del público o los apostadores. Aun si los hombres que habían integrado la Comisión de Carreras del Jockey Club hasta abril del 1953 debieron abandonar la escena, la composición del nuevo órgano rector de la actividad, compuesto por figuras de larga trayectoria en el turf, no innovaba en cuanto a los intereses que venía a representar ni en cuanto a su extracción social, ni tampoco en lo referido a su manera de encarar los problemas del turf. Tanto es así que la Comisión de Carreras del turf estatizado siguió estando ampliamente dominada por miembros del Jockey Club: de todos los mencionados en este párrafo, el único que no aparece en el listado de socios de 1951 es Urani.

El hipódromo estatizado, pues, convocó al centro del escenario a los mismos actores que poco antes el gobierno había impugnado en la crisis de abril. Los anuncios con los que Rodríguez Fox quiso marcar la llegada de un nuevo orden al hipódromo se refirieron a la rebaja de los precios en los restaurants y a la reducción del monto de la apuesta mínima. Tras esta pobre cortina de humo, el resto permaneció más o menos como estaba antes. A fines de la siguiente temporada, la prensa oficialista podía volver a celebrar un nuevo salto adelante del hipódromo

⁴⁰ *La Prensa*, 24 may. 1953.

que, con los protagonistas de siempre, ofrecía más carreras, más público y más apuestas.⁴¹

Es indudable, sin embargo, que la crisis de 1953 y el cambio en el sistema de administración de los grandes hipódromos introdujo un factor que perturbó el desarrollo de la actividad. Y ello no sólo porque dio lugar al ascenso de administradores sin una sólida trayectoria en este ámbito, y a veces sin recursos para innovar. Aún cuando para el peronismo el problema no eran los caballos sino el Jockey Club, desde el punto de vista del funcionamiento del hipódromo ambos términos no eran tan fáciles de escindir. Una actividad tan compleja, cuyo funcionamiento dependía del liderazgo y la contribución material de un grupo que se percibía hostilizado, no podía salir indemne de esa profunda alteración de su marco regulatorio. La incertidumbre sobre el futuro se volvió un elemento en la ecuación que daba forma al turf, con consecuencias que comenzaron a hacerse visibles en el mediano y largo plazo.

Por otra parte, el de 1953 fue sólo el primero de varios cambios de agente administrador que el hipódromo experimentó en el tercer cuarto del siglo XX. En este aspecto, la estatización marcó el comienzo de un período de inestabilidad y dificultades que, amén de incidir negativamente en la inversión en los costosos caballos importados que eran necesarios para mantener el progreso del turf, tuvo también efectos sobre los proyectos de modernización de los estadios y más en general toda esta industria del entretenimiento. Al cabo de algunos años, estos problemas comenzaron a notarse. "¿Cómo es posible que en Palermo estén privadas de techo las ventanillas donde la gente debe hacer cola diez, quince o veinte minutos para jugar, bajo la lluvia o un sol intenso?", se quejaba algunos años más tarde un hombre del medio, denunciando la falta de inversión (DE LA CRUZ, 1979, p. 119). Todo ello fue volviendo menos atractivo lo que el hipódromo tenía para ofrecer, contribuyendo a su retroceso.

Sin embargo, esto es sólo una parte de la historia, y no necesariamente la más importante. Pues la puja entre el peronismo y el Jockey Club golpeó la estructura organizativa y las fuentes de recursos de una actividad cuyo momento de gloria había pasado. En relación con este punto, dos cuestiones merecen atención. Por una parte, los *turfmen* de la era peronista carecían de una gravitación económica equivalente a los de la generación que había dominado el hipódromo en la era dorada de la Argentina agroexportadora. Tras la Gran Depresión, las cosas fueron cada vez más difíciles para ese elite de base esencialmente agraria, que vieron mermado su gravitación económica, su ingreso y su confianza en el futuro. Hacia mediados de siglo esos actores ya no estaban en condiciones de volcar sobre los haras y las pistas una masa de recursos capaz de mantener al turf argentino entre los primeros del mundo. Los tiempos de Saturnino Unzué, Jorge Atucha y Eduardo Martínez de Hoz, que habían gastado enormes fortunas para engrandecer sus nombres -y de paso para hacer brillar al turf

⁴¹ *Democracia*, 27 dic. 1954.

argentino- habían quedado atrás. La derrota de los caballos argentinos frente a los brasileños en las carreras internacionales organizadas en 1960 para conmemorar los 150 años de la Revolución de Independencia fue la primera gran señal de alarma. Tras esa "debacle del Sesquicentenario", quedó claro que el turf nacional ya no imperaba en América Latina.

La pérdida de poder de fuego de los grandes *turfmen* tuvo consecuencias perdurables porque los recursos que captaba el hipódromo, vía entradas y apuestas, también comenzaban un ciclo descendente. Desde la década de 1930, el turf había venido acompañando las transformaciones de la oferta de espectáculos deportivos de manera cada vez más pasiva, sin experimentar mayores innovaciones en la orientación de sus propuestas. En este sentido, es claro que el auge de los años peronistas fue su última primavera, cuyo hito más recordado fue la gloriosa tarde de noviembre de 1952 en que San Isidro vio desbordadas sus tribunas en ocasión del Pellegrini que perdió Yatasto, el caballo del pueblo peronista. Pero ese momento excepcional se explica mejor por la generosa política salarial vigente en esos años que por la capacidad del turf para reformular su imagen de modo de atraer a los nuevos segmentos del público (trabajadores, jóvenes, mujeres) que por entonces engrosaban las audiencias de la industria del entretenimiento y los espectáculos deportivos.

Así, pues, en un momento en el que crecía a gran ritmo el gusto popular por el deporte y el espectáculo deportivo, el turf sólo logró captar una fracción menor y declinante de ese interés. Y es que el futuro ya no pertenecía al caballo sino al automóvil -nuevo emblema del vértigo y la velocidad-, al boxeo y sobre todo al fútbol. Tanto es así que, desde la década de 1960 la concurrencia al hipódromo y el volumen de apuestas empezaron a contraerse, y desde entonces disminuyen año tras año. Es probable que una trayectoria política menos agitada que la que el turf experimentó desde 1953 hubiese creado mejores condiciones para que el hipódromo buscara modos más eficaces de atenuar este retroceso. Es lo que sucedió en las grandes naciones carreristas del Hemisferio Norte -Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos-, donde el mundo del caballo también perdió terreno frente a la nueva oferta deportiva, aunque de manera más paulatina que en nuestro país. Pero más allá de esas especulaciones, es claro que la declinación del hipódromo era un fenómeno inscripto en el signo de los tiempos, que un peronismo más benigno con el Jockey Club hubiese podido hacer más lento, pero de ninguna manera evitar.

Bibliografía

IV CENSO GENERAL DE LA NACIÓN. Tomo II, Buenos Aires.

BUONUOME, Juan. Los socialistas argentinos ante la 'prensa burguesa'. El semanario La Vanguardia y la modernización periodística en la Buenos Aires de entresiglos. *Boletín del Instituto de Historia*

Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, 46 (2017), pp. 147-179.

DE LA CRUZ, Juan R. (con la colaboración de OLGO OCHOA, Pedro), *El turf y yo*. Buenos Aires: Corregidor, 1979.

FERNANDEZ MOORES, Ezequiel. *Breve historia del deporte argentino*. Buenos Aires: El Ateneo, 2010.

GAY, Luis. *El partido laborista en Argentina*. Buenos Aires: Biblos, 1999.

HENNESSY, Alistair y KING, John (editores). *The land that England lost: Argentina and Britain, a special relationship*. Londres: British Academic Press, 1992.

HORA, Roy. *Historia del turf argentino*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2014.

HORA, Roy. *Historia económica de la Argentina en el siglo XIX*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

JOCKEY CLUB, *Memoria y Balance 1946*. BUENOS AIRES: Jockey Club, 1946.

MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACIÓN, DIRECCIÓN NACIONAL SECTORIAL DE DESARROLLO, *Evolución de los Salarios Docentes, 1906-1975*. Serie Situación Educativa nro. 11. Buenos Aires, 1976, pp. 9-13.

SABATO, Hilda. "Estado y sociedad civil", en DI STEFANO, Roberto; SABATO, Hilda; ROMERO, Luis Alberto y MORENO, José Luis (Editores). *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina, 1776-1990*. Buenos Aires: Edilab, 2002.

PANELLA, Claudio. *Mundo Deportivo: la mirada peronista del deporte argentino*. En Raanan REIN (compilador). *La cancha peronista. Fútbol y política (1946-1955)*. Buenos Aires: UNSAM Edita, 2015, pp. 47-64.

PERÓN, Juan D. (SOLITRO, Atilio, editor). *El verbo de Perón: ciento cincuenta frases y cinco mil palabras del coronel Juan Domingo Perón para el presente y el futuro de nuestra nacionalidad*. Buenos Aires: Macland, 1946.

RAFFO, Víctor. *El origen británico del deporte argentino: atletismo, cricket, fútbol, polo, remo y rugby durante las presidencias de Bartolomé Mitre, Domingo Sarmiento y Nicolás Avellaneda*. Buenos Aires: s/e, 2004.

REIN, Raanan. Uso y abuso del deporte en la década peronista, en REIN, Raanan (compilador). *La cancha peronista. Fútbol y política (1946-1955)*. Buenos Aires: UNSAM Edita, 2015, pp. 21-45.

SOLITRO, Atilio. *Desde Carlos Pellegrini a Juan Perón: el fomento de la raza caballar en la Argentina como factor ponderable de la obra económica, social y deportiva que realiza el gobierno revolucionario y justicialista del General Perón*. Buenos Aires: Talleres gráficos Yunque, 1951.